

CAPITULO X.

En invierno y en verano
Una cueva le servia
De habitacion, y tenia
Por compañero un enano.

SPENCER.

— ¿ESTAMOS léjos todavía de la habitacion de ese herrador, hermoso niño? preguntó Tresilian al muchacho, despues de haberse alejado un poco.

— ¿Como me llama vm.? dijo Ricardo mirandole con grande atencion.

— Te llamo hermoso niño. ¿Te enfada que te llame asi?

— No por cierto; pero si estuviese vm. aun con mi abuela y con Erasmo Holyday, podrian cantar vms. un trio con los versos de la letrilla antigua:

¿En donde alojarás pues
Los tres locos que aquí ves?

— ¿Y por que, hijo mio?

— Porque ningun otro, sino vms. tres, me ha llamado nunca niño hermoso. Mi abuela

me llama asi porque está casi ciega, y el parentesco la acaba de cegar; el señor Holyday por complacerla, y asegurarse asi un buen sitio junto al fuego, y un gran plato de sopas de leche. En cuanto á vm., no sé cuales serán sus motivos.

— Pues bien, si no eres hermoso, eres por lo menos malicioso. ¿Como te llaman los otros muchachos?

— El duende; pero sin embargo mas quiero tener mi cara fea que su cabeza sin seso.

— ¿Tienes miedo á este herrador que vamos á ver?

— ¡Temerle yo! aunque fuese tan diablo como creen esos mentecatos, no le temeria. Pero aunque hay en él algo de extraordinario, no es mas diablo que vm. ni que yo, y me guardaré de decir esto á nadie sino á vm.

— ¿Y por que me lo dices, hijo mio?

— Porque no es vm. un hombre de los que vemos por ahí todos los dias; y aunque soy feo como un pecado mortal, no quisiera creyese vm. que soy un borrico, pues algun dia pediré á vm. un favor.

— ¿Y que favor es ese, Ricardo, al que no debo llamar hermoso niño?

— Me le rehusaria vm. en este momento; pero se le pediré cuando volvamos á encontrarnos en la corte.

— ¡En la corte, Ricardo! ¿piensas ir á la corte?

— ¡Ah! ya veo que es vm. como todos los demas. Porque me vé vm. tan feo, dice vm.: ¿que podrá él hacer en la corte? Pero deje vm. á Ricardo Sludge: de algo le servirá haber sido aquí el gallito, y el fondo suplirá lo que falta al exterior.

— ¿Y que dirá Gammer Sludge? ¿que dirá el señor Erasmo Holyday, tu maestro?

— Que digan lo que les diere la gana. Harto que hacer tienen ella con contar sus pollos, y él con azotar á sus discípulos. Hace tiempo que los hubiera dejado plantados, y vuelto las espaldas á este pueblo miserable, si el señor Holyday no me hubiera prometido darme algun papel que pueda representar en la primera fiesta que tenga que disponer; y dicen que habrá pronto una muy grande.

— ¿Y en donde, amigo mio?

— En un castillo ácia el norte, bien léjos del condado de Berks, y pretende el maestro que tendrán que echar mano de él para disponer alguna hermosa fiesta. Es posible que asi suceda, pues otras veces ha hecho lo mismo. No es tan loco como parece; y cuando emprende alguna cosa de esas, se sale con su tema. Recita versos como los cómicos, y sin

embargo sabe Dios que ántes de coger un huevo que esté debajo de una gallina, se dejará acoquinar por la clueca.

— ¿Y vas á representar algun papel en las próximas fiestas? dijo Tresilian empezando á tomar interes, porque la conversacion del muchacho anunciaba cierta audacia y algun talento para saber apreciar á los hombres.

— Si por cierto, respondió Ricardo: me lo ha prometido, y si falta á su palabra, ¡pobre de él! Si llega á ponerme el freno, y quiere hacerme caminar ácia el pueblo, de un respingo le haré apearse por las orejas y le quebraré las costillas. Sin embargo no quisiera hacerle mal tampoco, pues aunque es tan fastidioso y pesado, se ha tomado el trabajo de enseñarme cuánto ha podido. Pero hemos llegado ya á la fragua de Wayland.

— No es posible, tú te chanceas; yo no veo sino una cuestecita en que hay grandes piedras colocadas en círculo, y enmedio de ellas una mayor que las demas, lo que tiene mucha analogía con las sepulturas antiguas que se ven aun en Cornouailles.

— Pues bien, esa gran piedra que está enmedio de las otras es el mostrador de Wayland: allí es preciso que deje vm. el dinero.

— ¿Que locura es esa? preguntó Tresilian

empezando á enfadarse, y creyendo que el muchacho queria reirse á su costa.

— Es necesario, continuó Ricardo haciendo un gesto, que ate vm. su caballo á esa piedra en que hay una argolla, y que ponga un medio duño en la de enmedio, como he dicho; despues silbe vm. tres veces, y saliendo del círculo vayase vm. á sentarse detras de ese matorral, sin mirar á derecha ni á izquierda miéntras oiga los golpes del martillo. Rece vm. entónces tres padres nuestros y tres ave marías, ó cuente vm. hasta llegar á ciento, pues es la misma cosa; volviendo al círculo entónces, hallará vm. de menos el dinero y herrado el caballo.

— El dinero de menos lo creo: no tienes que jurarmelo, pero lo demas.... Mira, Ricardo, escucha, yo no soy tu maestro, pero si intentas hacerme alguna jugarreta, yo haré sus veces, y te daré una buena zurra.

— Si puede vm. atraparme, respondió el muchacho; y echó á correr de modo que Tresilian no pudo alcanzarle de ninguna de las maneras, porque le pesaban mucho las botas. Lo que aumentaba su despecho, era ver que el bribonzuelo no huia con precipitacion como quien tiene miedo, sino que se detenía á cierta distancia para que Tresilian le siguiese; y quando se acercaba, volvía á echar á correr

con la rapidez del viento, rodeando de manera que, sin alejarse de donde habian salido, daban vuelta por todos lados.

Fatigado y rendido Tresilian se detuvo por fin, y estaba casi resuelto á desistir de su empresa, echando pestes contra el mico travieso que le jugaba aquella pieza, cuando Ricardo desde una altura le hizo frente dando palmo-teos, apuntandole con el dedo, y haciendo todas las demostraciones de un niño que se burla del que le persigue. No sabia si debía enfadarse ó reirse; pero al fin queriendo intimidarle, montó á caballo, creyendo alcanzarle así sin dificultad.

Quando Ricardo conoció su designio, dijo: — Aguarde vm., aguarde vm., no quiero que estropee vm. su cuatralbo: allá voy, pero prometa vm. no castigarme.

— No te concederé ninguna condicion, bribonzuelo, dijo Tresilian; tendrás que entregarte á discrecion al momento.

— ¡ Ah, ah, ah! señor viagero, respondió el muchacho, ¿ no sabe vm. que hay aquí cerca unos pantanos capaces de tragarse todos los caballos de la guardia de la reina? verémos si me seguirá vm. por aquel lado.

Vió en efecto Tresilian no léjos de allí un sitio cubierto de juncos y cañaverales, y muy pantanoso; y pensando que en esta parte Ri-

cardo le decia la verdad, se llamó á cuentas y se decidió á entrar en negociaciones de paz con un enemigo tan ágil y resuelto. — Ven, le dijo, picaruelo, te prometo á fé de hombre de bien y caballero no castigarte como mericias.

El muchacho cedió por su parte sin vacilar ni un momento, y bajó la cuesta corriendo y dirigiéndose á Tresilian, que apeado y teniendo al caballo por la brida, estaba desalentado de tanto como habia corrido, en vez que al rapaz ni siquiera le relucia la frente.

— Dime ahora, grandísimo bribon, ¿ por que me tratas de esta manera? ¿ Con que designio me has contado las paparruchas que querias hacerme tragar? Llevame á la fragua del herrador, y te daré para comprar manzanas todo el invierno.

— Aunque me diese vm. todas las de una huerta, no dejaria de repetirle que lo que le he dicho es lo único que hay que hacer. Ate vm. el caballo á la argolla, ponga vm. el dinero sobre la piedra, silbe tres veces, y sientese donde le tengo ya dicho, detras del matorral: todo eso es indispensable. Yo acompañaré á vm., y le aseguro que oirá los martillazos del herrador dos minutos despues que estemos sentados. Si asi no suce-

diere, consiento en que me desuelle vm. vivo como á San Bartolomé.

— Cuidado contigo, pues si quieres reirte todavía á mi costa, podrá muy bien suceder que asi lo ejecute. En este supuesto voy á probar tu talisman. Ya está atado el caballo, ya está depositado el dinero, voy á silbar tres veces.

— No es eso: un buho en cañones silbaria mejor en su nido; es preciso silbar mas recio para que pueda oír el herrador: ¿ quien sabe donde estará á estas horas? tal vez se halla en las caballerizas del rey de Francia.

— Pero tú me has dicho que no es un diablo.

— Diablo ó no diablo, preciso será que me encargue yo de evocarle por vm.

Al decir esto, dió tres silbidos tan agudos, que Tresilian tuvo que taparse las orejas por no oírle. Esto es lo que se llama chiflar, añadió; ahora vamos á escondernos, sin cuyo requisito el cuatralbo quedará sin su herradura por ahora.

Deseando ver Tresilian el paradero y fin de todas estas ceremonias, y empezando á creer que producirian al fin un resultado serio, vista la seguridad del rapazuelo que ya no trataba de escaparse, se dejó llevar al sitio indicado, y pensando que podria ser una as-

tucia para robarle el caballo, continuó teniendo cogido á Ricardo por el cuello, guardándole en rehenes.

— ¡Ya! ¡ya! dijo Ricardo, escuche vm.: vamos á oír el ruido de un martillo que no es de hierro fabricado por la mano del hombre, sino hecho con una piedra caída desde la luna. Efectivamente, al instante oyó Tresilian el ruido que hacia un mariscal herrando un caballo. El oír tal ruido en un sitio apartado al parecer de toda habitacion, le hizo temblar sin querer. Pero mirando al rapaz, y conociendo en el gesto malicioso de su rostro que se regocijaba de ver su espanto, se convenció de que era este algun stratagemá premeditado, y quiso saber como y por quien se ejecutaba.

Permaneció pues tranquilo mientras oyó el ruido del martillo, lo que duró el tiempo que necesita un buen mariscal para herrar un caballo; pero cuando cesó el ruido, en lugar de aguardar el intervalo que el rapaz le habia mandado, precipitandose sable en mano ácia el lugar de la escena, apénas dió la vuelta al matorral, cuando descubrió á un hombre con el mandil de cuero de un herrador, pero cubierto de un modo extraño con una piel de oso, y con una gorra de igual estofa que ocultaba en parte su rostro tizado.

— Venga vm., venga vm., gritó el muchacho á Tresilian, que le hará á vm. pedazos; nadie le vé impunemente. Y en efecto el invisible herrador, visible ahora, enarbolando su martillo, se preparaba á atacar ó por lo menos á defenderse.

Viendo el muchacho que ni sus gritos ni las amenazas del herrador bastaban á detener á Tresilian que se adelantaba con el sable en la mano, se dirigió tambien al brujo albeitar diciendole: — Wayland, dejale, es un caballero, verdadero caballero que no se deja acoquinar.

— Segun eso me has vendido, Flibbertigibbet, dijo el herrador; ya me la pagarás, bribon.

— Quien quiera que seas, dijo Tresilian, no tengas cuidado alguno; pero es preciso que me digas por que ejerces tu oficio de un modo tan misterioso y extraño.

El herrador, volviendose ácia Tresilian, le contestó con ademán amenazador: — ¿Quien se atreve á preguntar de ese modo al guarda del castillo de Cristal de Luz, el señor del Leon Verde, el amo del Dragon Rojo? ¡Retirate, alejate, ántes que evoque á Talpach con su lanza de fuego, que te convertiria en átomos, en ceniza! Acompañó á estas palabras un gesto horroroso, enarbolando el martillo con un aire formidable.

— Poco á poco, vil impostor, dijo Tresilian, ¿crees intimidarme con semejante lenguaje? Ven conmigo ante un magistrado, si no quieres que te atravesase con mi sable.

— Poco á poco, Wayland, dijo Ricardo, las palabrotas no harán hoy gran cosa, y es preciso usar de otro estilo.

— No creo, señor, dijo el herrador sometiéndose y bajando su martillo, que cuando un pobre hombre gana su vida en regla, le sea prohibido valerse para ello de sus tretas. El caballo está herrado, y el herrador pagado y satisfecho: lo que resta es que vm. vuelva á montarle, y prosiga en paz y en gracia de Dios su camino.

— Otra cosa falta, respondió Tresilian. Es un deber de todo hombre honrado y buen ciudadano el quitar la máscara á los charlatanes impostores que engañan al vulgo ignorante, y tu modo de vivir me hace creer que eres tú uno de tantos estafadores y bribones.

— Si vm. está resuelto á ello, no podré salvarme sino con la fuerza, y no quisiera emplearla contra vm., señor Tresilian, no porque tema su sable, sino porque sé que es vm. generoso y compasivo, y que tendria vm. mas gusto en sacar de un apuro á un pobre hombre, que en causarle ningun perjuicio.

— Muy bien dicho, Wayland, dijo el mu-

chacho que aguardaba inquieto el resultado de la conversacion. Pero bajemos á la cueva, porque sabes bien lo perjudicial que es á tu salud permanecer aquí fuera al aire.

— Es muy cierto, respondió el herrador; y adelantándose ácia el matorral por el lado mas próximo al círculo de piedras, y opuesto á aquel adonde Ricardo habia conducido á Tresilian mientras se hacia la operacion misteriosa, descubrió un escotillon oculto entre los zarzales, le levantó, y bajando por él desapareció del todo. Tresilian, á pesar de su curiosidad, dudó un momento seguirle á lo que podia ser una caverna de ladrones, sobre todo al oír la voz del herrador que decia, saliendo de las entrañas de la tierra:

— Flibbertigibbet, pasa el último, y cierra bien el escotillon.

— ¿Lo que vm. ha visto en el herrador Wayland le basta á vm. ya? preguntó el bribonzuelo á Tresilian con sonrisa maligna, viendole hesitar.

— Todavía no, respondió con firmeza Tresilian; y decidiéndose bajó por la escalera estrecha, y fué seguido por Ricardo Sludge, que cerrando despues la entrada hizo suceder á un débil crepúsculo una profunda oscuridad. Muy pocas gradas tenia la escalera, y conducia á un tránsito de veinte pasos, al

fin del cual se descubria el reflejo de una luz. Habiendo llegado á este sitio, Tresilian, que caminaba siempre con el sable en la mano, halló un recodo á la izquierda, y llegó, con el rapaz que le seguia, á un sitio en que habia una fragua de herrador llena de carbon encendido, cuyo tufo hubiera podido sufocarlos, á no haber hallado salida por algunas aberturas hechas con arte. La luz que esparcian el carbon encendido y una lámpara, mostraba que, además del yunque, el fuelle, las tenazas, el martillo, y una porcion grande de herraduras preparadas ya, y de todos los demas instrumentos necesarios á un herrador, habia tambien crisoles, alambiques, retortas, y otros instrumentos de química. La figura estrambótica del herrador, y las facciones irregulares del rapaz, con el reflejo del carbon y la lámpara, estaban enteramente de acuerdo con este aparato místico, y en aquel siglo supersticioso hubieran intimidado á muchas personas.

Pero estaba dotado Tresilian por naturaleza de firmeza de nervios, y su talento fortificado por la educacion y el estudio, lo que le hacia superior á los temores vanos. Dando una ojeada, preguntó de nuevo al artista quien era, y como habia llegado á conocerle por su apellido.

— Debe acordarse vuestra merced, dijo el herrador, que hace cosa de tres años, poco mas ó menos, un juglar ambulante se presentó en cierto castillo del Devonshire, y que hizo sus habilidades y juegos de manos en presencia de un digno caballero y su respetable tertulia. En el semblante de usía veo, á pesar de la escasa luz de esa lámpara, que aun se acuerda usía todavía.

— Bastante me has dicho, dijo Tresilian volviendo la cara, como queriendo ocultar los penosos recuerdos que acababa de despertar en él.

— El juglar, continuó el herrador, representó tan bien su papel, que los aldeanos y señores de los contornos que se hallaron presentes creyeron casi que se servia de la mágica. Pero habia allí entre otras una señorita, la mas linda y graciosa que he visto en mi vida, y las rosas de sus mejillas se eclipsaron en vista de las maravillas que obraba el juglar.

— ¡Silencio, dijo Tresilian, silencio! eso es ya demasiado.

— No quisiera ofender á usía, pero no crea que haya olvidado aun que para calmar los temores de la señorita, usía la esplicó de que modo se producian aquellas ilusiones, y que cortó usía el resuello al pobre juglar, desmenuzando los misterios de su arte tan bien

como si hubiera sido usía su compinche. Verdad es que era tan hermosa, que solo por obtener de ella una sonrisa se hubiera podido.....

— Calla, calla por Dios, dijo Tresilian, no me he olvidado de la velada de que hablas; es una de aquellas que he logrado mas deliciosas en mi vida.

— ¡No existe ya segun eso, dijo el herrador interpretando á su modo el suspiro con que acompañó sus espresiones, no existe! ¡ha muerto, tan jóven, tan hermosa, tan querida como era! Pero perdone usía, hubiera debido adobar la herradura sobre otro yunque, y veo que ha entrado el clavo hasta la carne viva.

Pronunció estas palabras con un tono que manifestaba un verdadero pesar y compasion, en medio de su estilo grosero, y Tresilian concibió una idea mas favorable del pobre artesano á quien habia juzgado al principio con alguna severidad y rigor. Pero nada gana tanto la confianza y estimacion de un desdichado como el interes que manifiestan tomar los demas en sus desdichas.

— Creo, dijo despues de un corto silencio, que eras en aquel tiempo un buen perillan, y capaz de divertir á una tertulia no tan solamente con los juegos de manos, sino con

los cuentos y relaciones. ¿Como has venido á parar en herrador, y á ejercer tu oficio de un modo tan estraordinario en un sitio tan estraño?

— Mi historia no es larga, dijo Wayland, y si usía quiere sentarse, se la contaré.

Al decir esto, acercó al fuego un escabel de tres piés, cogió otro para él, y Ricardo Sludge ó Flibbertigibbet, como él le llamaba, se sentó en otro junto al herrador, mirandole de hito en hito, y su rostro, alumbrado por el fuego de la fragua, parecia inflamado por la curiosidad. Y tú tambien, le dijo el herrador, tú sabrás la historia de mi vida. Me has ayudado bastante para merecer mi confianza. Por otra parte, si yo no te la digo, tú la adivinarás, porque jamas la naturaleza ha ocultado un ser tan maligno bajo un exterior tan feo. Pues bien, señor, estoy á las órdenes de vm., y voy á empezar la relacion. ¿Gusta vm. de un vaso de ale? A pesar de la pobreza que manifiesta mi habitacion, no dejo de estar provisto de ella.

— Muchas gracias, dijo Tresilian, pero oigamos tu historia, porque estoy de prisa.

— El caballo podrá aprovecharse de esta detencion, dijo el herrador; le daré un buen pienso para que tenga bastantes fuerzas y pueda continuar el viage.

Dejó por un momento su habitacion subterránea, y volviendo luego, empezó la historia de su vida en los términos en que se leerá en el capítulo siguiente.



CAPITULO XI.

Dígole á vm. que es tan grande
Su poder, que una palabra,
Una insinuacion, un gesto,
Tan solamente le bastan
Para convertir las piedras
En tejos de oro ó de plata.

Cuentos de Cantorbery.

— **A**PRENDÍ siendo jóven el oficio de herrador, dijo Wayland, y le conocia tan bien como cualquiera de los otros que visten un mandil de cuero, y tienen la cara y las manos tiznadas. Pero me cansé de cantar adobando herraduras, y fuí á correr el mundo. Conocí por casualidad á un célebre juglar, que viendo que sus dedos estaban torpes para los juegos de manos, deseaba tener un aprendiz que le ayudase. Le serví seis años, y me hice diestro en este nuevo estado: vm. puede atestiguarlo, pues tiene voto en la materia. ¿Hacia yo bien mi papel?

— Perfectamente, dijo Tresilian; pero no seas pesado.

— Poco despues de haber admirado con